

María Dolores Riveiro Lema

La convergencia de botánica, medicina natural y lingüística en la *Flora de Filipinas*: ediciones, fuentes y trascendencia*

1. Contextualización histórica

1.1 El paradigma científico decimonónico

Ya durante el siglo XVII se empieza a tomar conciencia en Europa de la dificultad para conciliar los avances de la ciencia y algunos pasajes de la cosmología cristiana. Aunque científicos de renombre —entre ellos Linneo, el principal referente conceptual y metodológico de Manuel Blanco (1779-1845) en su *Flora de Filipinas*—, fieles a la autoridad bíblica, siguen forzando la pervivencia del sistema tradicional de creencias:

Newton aceptó repetidamente la creación y el gobierno divinos del universo físico. Robert Boyle, pionero de la química moderna, era también miembro de una sociedad para la difusión del Evangelio en las colonias británicas de América; afirmaba que el universo, habiendo sido formado por Dios, era conservado por Él mediante lo que denominamos "leyes de la naturaleza". Linneo declaró que las características de flores y semillas por medio de las que clasificaba las plantas "estaban escritas por las manos de Dios" (Robins 2000 [1967], 189).

El espíritu positivista del siglo XIX que germina de la filosofía de Augusto Comte (1798-1857) es una apuesta esperanzada por la ecuanimidad y las posibilidades intelectuales del ser humano. La reivindicación de los métodos científicos como única vía válida de acceso al conocimiento y la búsqueda del bienestar social a través de la razón, la justicia y la educación convulsionan el ámbito de las ciencias naturales, desde donde se proyecta al tiempo la necesidad de vulgarizar los conocimientos científicos para que obre la transformación social.

En el siglo XIX comienza también el estudio científico del lenguaje: el historicismo y el comparatismo, las corrientes principales y en buena medida paralelas, se convierten en precursoras de la moderna lingüística y es lugar común reconocer

* Este trabajo se ha realizado en el marco del contrato PREDOC20 de la Universidad Rey Juan Carlos y se adscribe a la actividad del Grupo de investigación de alto rendimiento en lingüística y nuevos medios (LIYNMEDIA), coordinado por Elena Battaner y Miguel Ángel Esparza.

que en su desarrollo tuvo mucho que ver el descubrimiento del sánscrito. En las historias de la disciplina se suele señalar 1786 como la fecha en que se inaugura la ciencia lingüística, precisamente porque ese año sir William Jones (1746-1794), juez del tribunal británico desplazado a la India y célebre orientalista, leyó un informe ante los miembros de la Asian Society de Calcuta en el que establecía la posibilidad de parentesco entre el sánscrito, el griego, el latín y las lenguas germánicas.

A medida que la lingüística histórico-comparada va adquiriendo cuerpo como disciplina, proliferan las analogías entre la evolución lingüística y la evolución natural, incluso antes de la publicación de la *Evolución* de Charles Darwin (1809-1882) en 1857. La idea de evolución lingüística ya estaba presente en la teoría de Humboldt (1769-1859), que concebía las lenguas como organismos vivos en la mente del hablante, sometidos a constante evolución o desarrollo en la búsqueda de la respuesta perfecta a las necesidades de expresión humanas (*Entwicklung*). "Fue sin embargo Schleicher el que incorporó la concepción de Humboldt del desarrollo lingüístico en su propia teoría de la lingüística histórica y convirtió el desarrollo evolutivo abstracto de Humboldt en un proceso histórico que tiene lugar en el tiempo real". Y en su tratado *Teoría darwiniana y lingüística* (1863) "la teoría darwiniana de la evolución por la supervivencia reemplazó a la evolución perfeccionista de Humboldt" (Robins 2000 [1967], 251), en su anhelo de alcanzar un modelo científico para describir la historia de las lenguas. Schleicher (1821-1868), muy influido a su vez por Hegel (1770-1831), consideraba que la teoría de Darwin sobre la evolución del reino animal y vegetal era extrapolable a la evolución lingüística y de esta aproximación biológica extrajo los postulados de que la pervivencia de las lenguas indoeuropeas era resultado de la imposición sobre otras variedades lingüísticas a lo largo del tiempo y de que los idiomas, en tanto organismos vivos, transitaban por diferentes estados evolutivos (desarrollo, madurez y declive) y eran susceptibles, por tanto, de ser descritos en términos biológicos como 'género', 'especie' o 'variedad', siguiendo un modelo que denominó *Stammbaumtheorie*.

Ahondar en el canon científico filipino del siglo XIX incita, pues, a considerar las aportaciones que se fueron haciendo desde diferentes áreas de conocimiento, aunque no siempre se puedan proyectar los límites disciplinares modernos y más cuando la historia de la ciencia constata que disciplinas como la lingüística y la botánica compartieron en la época parte del marco teórico y principios metodológicos fundamentales para la reafirmación de su nuevo estatus.

Ya Manuel Blanco alude en el cuerpo doctrinal de su tratado botánico a la consulta de vocabularios y diccionarios de diferentes lenguas indígenas, poniendo de manifiesto la relevancia de la actividad lingüística precedente. Ciertamente, poco habría podido avanzar el misionero agustino en la fijación de la nomenclatura vulgar en las lenguas vernáculas —tagalo, bisaya, camarines (bikol),

pampango e ilocano—, y en la misma identificación de muchas especies vegetales, sin repertorios lexicográficos de carácter general en los que documentar la información obtenida en el trabajo de campo o suplir la acuciante falta de datos¹. Habida cuenta, como él mismo constata, de la enorme diversidad léxica, de la frecuente reticencia de los naturales a cooperar en las investigaciones científicas y de la dificultad para acceder en el archipiélago a fuentes botánicas especializadas. No han faltado incluso sabios botánicos que han llevado este vínculo a terrenos insospechados, atribuyendo a algunas plantas propiedades prodigiosas para el desarrollo lingüístico:

SPILANTES ACMELLA. ESPILANTO ACMELA. [...] De esta misma planta dice Rumphio, citado en la traduc[ción] españ[ola] de la parte práctica de Lin[neo], que los maestros de escuela en Etiopía hacen mascar a los muchachos las flores y raicillas, y así puedan pronunciar fácilmente las letras árabes (Blanco 1845, 434).

Se propone por ello en esta investigación un enfoque interdisciplinar que legitime una mirada curiosa y libre, a salvo de restricciones competenciales que conducen a interpretaciones sesgadas, alejadas del contexto de producción que dio carta de naturaleza a cada documento y a descartar fuentes primarias inexploradas que pueden ayudar a profundizar en el conocimiento de nuestra disciplina, desde perspectivas complementarias, porque no responden a las tipologías textuales canónicas con las que trabajamos convencionalmente los lingüistas.

1.2 El proceso de adaptación del contingente hispánico al medio natural filipino

Todavía en el siglo XIX, la adaptación al medio físico para un español recién llegado a Filipinas seguía siendo compleja. A la distancia con la metrópoli que imponía largas estancias —aunque el tiempo de viaje se acortó significativamente desde la apertura del canal de Suez en 1869—, el riesgo vital de una pacificación incompleta, el escaso desarrollo industrial y comercial, las deficientes vías de comunicación y transporte, las dificultades en el trato con los nativos debidas a las profundas diferencias culturales —agravadas por la diversidad lingüística y el escaso calado del español— se sumaban los condicionantes del medio natural, que enfrentaban a los peninsulares a una orografía y a un clima muy poco benevolentes —como decía Villacorta, "miradas con atención, las Filipinas ofrecen un espectáculo majestuoso y terrible" (1833, 3)—. Todos ellos argumentos esgrimidos con

¹ Para conocer el estado de la cartografía lingüística misionera española y los avances más recientes en este campo de investigación, puede consultarse Víctor Acevedo 2023.

frecuencia en la documentación de la época para explicar la limitada presencia hispánica en la colonia de Ultramar.

Tampoco resultaba tranquilizador el estado del sistema sanitario, en especial en las zonas más agrestes del territorio donde las prácticas médicas seguían manteniendo una gran dependencia de la medicina casera indígena, por falta de infraestructuras y personal especializado. Esa medicina de campaña, a la que se veían forzados con frecuencia los misioneros para preservar la salubridad de los asentamientos cristianos, no había abandonado todavía en el siglo XIX su estado larvario.

Las profundas diferencias entre el mundo natural metropolitano y filipino y el deficiente conocimiento del entorno abocaban incluso a los lexicógrafos misioneros —casi los únicos que trataron de compilar y sistematizar el léxico indígena durante todo el periodo colonial español— a eludir la definición de realidades de las que no tenían conocimiento experiencial directo, ni fuentes disponibles que les permitieran desentrañarlas.

Tildarás, tal vez, lector estudioso, la omisión de explicaciones en varios de los nombres de animales, árboles y plantas; conócese que tales son, y por tales se les llama con esas voces entre la gente tiruray; pero toda vez que su conocimiento adecuado e individual de cada uno es aún deficiente e incompleto, se juzgó de conveniencia la consignación de esos nombres en la obra, dejando de este modo a los que nos sucedan suplir el vacío (Bennasar 1892, Prólogo [Francisco J. Simó], VI).

La indómita vegetación de las islas malayas dejaba en poco tiempo fuera de tránsito las zonas interiores menos frecuentadas o ya de difícil acceso por sus características topográficas y obligaba a las comunidades a un mantenimiento permanente del perímetro para frenar el avance de la selva sobre las zonas de cultivo. Esa prodigiosa naturaleza se describe en el *Catálogo de la Exposición General de las Islas Filipinas* (1887) desde una perspectiva amable, buscando ensalzar su belleza, fecundidad y exotismo con fines propagandísticos.

No se ven allí, como en otras comarcas, tristes peñascales ni pelados cerros; por todas partes verdor exuberante, bosques vírgenes llenos de gigantescos árboles de las más preciosas maderas y bellísimos paisajes inundados de luz y con toda la riqueza y sobra de vida, propia de la zona tórrida (1887, 72).

Tampoco en *Noli me tangere*, la obra más conocida del héroe nacional filipino José Rizal (1861-1896), la naturaleza se presenta como un agente amenazante, porque los nativos se iban acostumbrando desde la niñez a integrarla en su código de supervivencia.

En medio de aquel cúmulo de techos de nipa, tejas de zinc y cabonegro², separados por huertas y jardines, cada uno sabe descubrir su pequeña casita, su nido. Todo les sirve de señal: un árbol, un tamarindo de ligero follaje, un cocotero cargado de frutos, una flexible caña, una bonga o una cruz (2000 [1887], 49).

Pero debido a las profundas deficiencias orgánicas, esa misma naturaleza no dejaba de ser un desafío para la subsistencia de los pueblos bajo control hispánico situados en las regiones más inhóspitas: limitaba los desplazamientos y las comunicaciones, frenaba el tráfico de mercancías y el desarrollo del comercio, dificultaba la defensa frente a los ataques de las tribus indígenas más beligerantes o las razias piratas y provocaba graves trastornos sanitarios. Paradójicamente, en esa misma vegetación estaba la cura para muchas dolencias y fueron los misioneros cristianos los que amalgamando su conocimiento científico con el conocimiento indígena del medio natural impulsaron el nacimiento de la ciencia botánica en Filipinas.

1.3 La producción bibliográfica de los misioneros españoles en Filipinas

Hasta bien entrado el siglo XIX, en las llamadas originariamente islas de Poniente, la codificación de las lenguas indígenas, la educación y la gestión del sector tipográfico estuvieron en manos de la Iglesia. El conocimiento de las lenguas autóctonas y el monopolio de la educación y de los medios de producción editorial facilitaron también que los misioneros pudieran dar a la imprenta los recetarios de medicina natural indígena, adicionados con los resultados de las primeras investigaciones hispánicas sobre la flora filipina. Si bien hay que advertir que estas investigaciones pioneras difícilmente se habrían llevado a término sin la actividad gramatical y lexicográfica previa o la colaboración directa de misioneros especialistas en las diferentes lenguas indígenas debido, entre otras razones, a la gran diversidad y dispersión lingüística y a la acusada inconsistencia léxica.

Lo mismo podría decirse de buena parte de la investigación civil que desarrollaron durante el siglo XIX: médicos, naturalistas, botánicos o ingenieros de montes. Hay que considerar que, en este siglo, ya con un nutrido corpus de gramáticas y diccionarios de las lenguas mayoritarias, los misioneros empiezan a codificar nuevas variedades, lo que permite también alcanzar conocimientos inaccesibles hasta esa fecha sobre la flora y la medicina natural que se practicaba desde tiempos inmemoriales en tribus en muy diferente estadio evolutivo, asentadas algunas en los lugares más ignotos del archipiélago o en territorios del área Extremo Oriental apenas explorados, como las islas Carolinas.

² Especie de palmera de la que se extraen filamentos para hacer cuerdas.

Es bien sabido que la motivación de la actividad misionera española en Asia alcanzó un doble objetivo: evangelizador y pedagógico. García Medall (2007) distingue tres etapas en la periodización de la lexicografía colonial hispanofilipina: 1) el *periodo clásico* (1610-1765), caracterizado por la codificación de lenguas mayoritarias, la inadecuación gramatical y la riqueza de información no solo léxica, sino también pragmática; 2) el *periodo decadente* (1770-1840), de historia convulsa, marcado por las dificultades económicas que sufren los misioneros incluso para financiar las ediciones, por lo que algunas siguen inéditas y ante la falta de estímulos, también se innova menos y 3) el *periodo de renacimiento* (1841-1910), en el que aumenta la producción, se hace extensiva a lenguas no descritas, se reimprimen y reeditan "nuevas ediciones, ampliadas, expurgadas y mejoradas", "se toman como modelo ediciones casi contemporáneas de los diccionarios de la Real Academia", se dan los primeros intentos de enseñar español a los indígenas de forma reglada y proliferan los glosarios especializados de temática diversa (botánica, medicina, comercio, etc.) (2007, 128-130).

También la historia de la tipografía filipina tuvo un recorrido particular. El sector se desarrolló tardíamente y con muchas limitaciones técnicas y operativas debido a la falta de recursos y a la baja formación de los operarios de imprenta, con frecuencia sin los conocimientos necesarios de latín y español para no incurrir en errores en la disposición de los tipos y en la corrección de las pruebas.

El trabajador filipino fue la mano de obra esencial en el sector tipográfico durante toda la colonia, tradicionalmente un dominio de hombres. El oficio de impresor lo desempeñaron, generalmente, desde los inicios de la historia de la imprenta, indígenas, tanto en el papel de responsables de taller —regentes—, como de aprendices, tipógrafos, litógrafos e incluso, correctores (Riveiro Lema 2023, 379).

El papel de arroz, de uso habitual en la colonia asiática, tenía una baja tolerancia al desgaste, la acidificación y al contraste entre humedad y calor y ninguna resistencia frente a la voracidad de los anais, imbatibles termitas que fueron desmenuzando con la persistencia de sus dientes diminutos tesoros bibliográficos en una laboriosidad de siglos³.

Por otro lado, el monopolio de la Iglesia sobre la actividad tipográfica impuso códigos de funcionamiento muy restrictivos: no solo por la rigidez de la censura, que iba dejando fuera de los canales oficiales toda la producción que se

³ Así cuando el padre Blanco describe las propiedades del aloe, además de mencionar sus beneficios en el tratamiento de las heridas o la caída del cabello, ensalza su eficacia como insecticida y la importancia de dar a conocer esta planta especialmente entre el gremio de los libreros: "Según la doctrina del estimable y doctor autor de la *Flora de las Antillas*, de quien me valgo muchas veces en este libro, se infiere que si los libreros de Filipinas mezclaran con la cola el zumo del aloe, tendríamos los libros exentos de la plaga de insectos que los devoran. Esta noticia es de mucho interés para los estudiosos" (1845, 180).

consideraba contraria al ideario cristiano —a veces por las razones más peregrinas—, sino también porque la rección eclesial llevó aparejada otras consignas, como el recurso a la autoría corporativa o la opacidad en el reparto de roles en los trabajos colaborativos (en especial, cuando participaba alguna figura de autoridad), que han dificultado no pocas veces la identificación de la verdadera génesis y autoría de las obras.

El mismo padre Blanco constata el perjuicio que supuso para el desarrollo científico en Filipinas la precariedad de los talleres de imprenta y la deficiente preservación de las obras y también, sin pretenderlo, la política editorial de las órdenes religiosas:

La modestia, constante compañera del verdadero saber, ha hecho que los trabajos literarios de la mayor parte de los religiosos permanecieran inéditos y fuesen solo conocidos de un corto número de personas; las dificultades para la propagación de aquellos manuscritos se aumentaban con la escasez de buenos copistas y, desgraciadamente, los archivos de las corporaciones religiosas, donde se conservaban algunos, no se veían exentos de las plagas que, en este país más que en otros, destruyen papeles y libros. Por otra parte, los pocos de estos que se daban al público, por la dificultad de las impresiones, trataban con predilección de la ciencia de las almas, como cosa en verdad más necesaria (1877, VII-VIII).

Hasta el siglo XIX, la producción bibliográfica misionera hispanofilipina es fundamentalmente de carácter religioso y lingüístico; los estudios científicos no fueron por lo general una prioridad *per se* entre las órdenes religiosas, más allá del interés por difundir unos rudimentos doctrinales para paliar las deficiencias sistémicas más acuciantes y minimizar el riesgo vital de la empresa evangelizadora:

Mientras en la misión china encontramos un predominio de textos que implican predominantemente intercambio de contenidos (básicamente de carácter científico) de las culturas propias (oriental-occidental), en las misiones filipinas predominan los que hemos catalogado como herramientas *ad hoc*, es decir, herramientas exigidas en la práctica de la misión (Revuelta Guerrero 2015, 60).

No obstante, las evidencias documentales —la misma producción lingüística y piadosa, las crónicas de las órdenes religiosas que operaron en Filipinas o la correspondencia corporativa con remite del archipiélago— constatan que los religiosos, además de trabajar para el cuidado de las almas y el desarrollo económico y educativo de las comunidades cristianizadas, trataron de contribuir al bienestar corporal de sus fieles, llegando a ocuparse con frecuencia del control sanitario.

En Filipinas su protagonismo en este aspecto fue probablemente superior al de sus hermanos de las órdenes religiosas en la América hispana. Muchos de los misioneros que arribaban al país ya traían conocimientos de medicina práctica, o en caso de ser legos en la materia pasaban una temporada de prácticas en los hospitales de Manila. De este modo, cuando eran destinados

a las múltiples parroquias del archipiélago ya llevaban un aprendizaje elemental sobre las principales enfermedades o lesiones del organismo (Regodón Vizcaino 2004, 36).

Recordemos que la Facultad de Medicina y Farmacia de Manila no se fundó hasta 1871 y el cuerpo de especialistas estuvo muy lejos de alcanzar durante el periodo colonial español las dimensiones estructurales básicas para atender las necesidades sanitarias más elementales del archipiélago.

Algunas cátedras se instalaron en el Hospital de San Juan de Dios de Manila y se instituyó en su provisión el mismo sistema de oposiciones que en las universidades de la metrópoli. El programa de estudios era semejante al de la Universidad Central de Madrid, que a su vez reflejaba la evolución del de la Universidad de París con seis años de estudio. La Universidad de Santo Tomás de Manila desde 1871 hasta 1883 tuvo 829 inscripciones de alumnos de medicina y 7965 desde 1883 hasta 1898; hasta el final del dominio español se graduaron 359 licenciados y 108 doctores en medicina (Guerra 1992, 260).

Si bien a buena parte de los trabajos misioneros sobre plantas medicinales y sus propiedades terapéuticas, enfermedades y tratamientos se les atribuye un carácter elemental, algunos alcanzaron una gran proyección e incluso reconocimiento científico, en especial la *Flora de Filipinas* (1837) de Manuel Blanco, considerado unánimemente por la crítica especializada como el tratado más relevante sobre la materia publicado durante el periodo colonial español. Aunque, persuadido de que los avances de su investigación no eran merecedores de reconocimiento público (aquejado de la misma modestia a la que alude en el prólogo), el botánico agustino requiriese del empuje de una galería de personajes ilustres e incluso de una Real Orden para dar su obra a la imprenta⁴.

1.4 Biografía de Manuel Blanco

Navianos de Alba, un pequeño pueblo de la provincia de Zamora, actualmente con tan solo catorce habitantes según los datos del Instituto Nacional de Estadística, tuvo el honor de ver nacer al ilustre Manuel María Blanco Ramos el 24 de noviembre de 1778. En 1789, tras recibir la formación elemental en la preceptoría de Carbajales de Castro, ingresa el futuro botánico en el Colegio de los Agustinos de Valladolid, donde toma el hábito de novicio en 1794 y profesa el 6 de diciembre del año siguiente. Durante su etapa de formación teológica, da pronto muestras de una insaciable curiosidad y de una acusada inclinación al estudio. Dedicar

⁴ "Era tanta su modestia, que para que fuera publicada, precisó que se interesasen varias personas de distinción y letras como Íñigo González Azaola y que la misma reina gobernadora, María Cristina, por medio del capitán general de las islas, Pascual Enrile, le invitase a ello" (Blanco Fernández de Caleyra 2024, RAH/DBE).

aquellos años su tiempo libre a mejorar sus conocimientos de historia natural, física, química y matemáticas y a formarse en francés, convirtiéndose en un versado traductor —según se refiere en la biografía de la tercera edición de la *Flora de Filipinas*—, aunque nunca llegase a hablar esta lengua con la misma perfección, muy posiblemente por no haber tenido la posibilidad de ejercitarse en la conversación (1877, XIV).

El 19 de abril de 1805, cerca de cumplir los veintisiete años, arriba a Filipinas y se le asigna como primer destino la parroquia de Angat, en la provincia de Bulacán, bajo la dirección espiritual de fray Joaquín Calvo, muy aficionado también al estudio de la flora, con quien compartirá la recogida y descripción de sus primeras muestras. Una vez adquirido el idioma tagalo, en 1812, se le encomienda la administración del pueblo de San José de Batangas, donde promueve la construcción de la iglesia, todavía en pie, en honor a su patrón y en 1816, asume la dirección espiritual del pueblo de Bauán y posteriormente, de los curatos de Pasig y Parañaque.

Por su carácter templado y conciliador, va ocupando diferentes cargos en la orden, entre ellos, varios prioratos, incluido el de Manila (1828) y los cargos de definidor (1825 y 1841) y procurador provincial (1833). Es precisamente en calidad de provincial y delegado de obispos cuando tiene la ocasión de viajar de forma asidua por el archipiélago y llevar su investigación a lugares desconocidos hasta ese momento para los estudios botánicos. Sin desatender sus obligaciones eclesiales, aprovecha estos viajes para pasear infatigable por los bosques, recorrer a pie las orillas de los ríos y compilar *in situ* nuevos datos, recabando información entre los nativos y haciendo acopio de muestras para su herbario. Trabajo de campo que completa con la ímproba investigación llevada a cabo en el Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, situado en San Pedro Makati y en el jardín botánico del Convento de San Agustín, en Intramuros. Sus observaciones permitieron no solo la clasificación científica de las variedades vegetales conocidas, sino también catalogar nuevas especies, descritas todas ellas en castellano y discriminar "las plantas de las islas Filipinas que realmente tenían propiedades medicinales de aquellas otras sin valor curativo", convirtiendo así su obra en "un gran monumento a las ciencias médicas" (Castillo García 2016, 57).

La preocupación por alcanzar un conocimiento fehaciente del medio físico y de las condiciones de vida de los pueblos indígenas llevaron al agustino zaragozano a incursionar incluso los campos de la cartografía y de la estadística: en 1834, proyecta en unas cartas topográficas las provincias de administración agustina y en 1845 firma, también en Sampaloc, el *Mapa general de las almas que administraban en aquel entonces los agustinos en Filipinas, situación geográfica de los pueblos, industria de sus habitantes y año de su formación*.

Admirado debía ser ya en la época, cuando los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País de Manila persistieron en incluirlo entre sus socios.

Distinción que aceptó de buen grado el padre Blanco, no porque le interesara la proyección social de su figura, sino la utilidad de su obra para el bien común, reconocimiento que "estimuló no poco su celo para estudiar la naturaleza de este país" (1877, XV). Y siguiendo el espíritu pragmático y vivificador de la Sociedad Económica, trató de desterrar la ociosidad entre sus fieles y orientar sus conocimientos científicos hacia el progreso humano y material:

procuraba enseñar a sus feligreses todas las artes útiles, en especial la agricultura; instrúales sobre las estaciones propias de la siembra de las plantas, el modo de cultivarlas y aprovecharse de las mismas; y hasta llegó a entretenerse en enseñar a algunos a fabricar y graduar anteojos y fabricar piezas de loza (1877, XVIII-XIX).

Aquejado de disentería, fallece en el Convento de Guadalupe, a orillas del río Pasig, el 1 de abril de 1845 a los sesenta y seis años y allí mismo recibe sepultura. El terremoto de 1863 debilitó los contrafuertes de la iglesia, que acabaron cediendo en 1880 y ocasionando el derrumbe de la bóveda de mampostería, sustituida por una madera dos años después, durante el priorato de José Corujedo (1830-1889). En 1899 el convento fue tomado como fuerte por los filipinos para resguardarse del ataque de las tropas americanas y durante los bombardeos sufrió ya daños irreparables. Mejor suerte corrió el legado botánico del padre Blanco, que se ha ido engrandeciendo con la distancia histórica.

2. Las ediciones de la *Flora de Filipinas*

La primera edición del tratado se publicó en 1837 en la Imprenta de Santo Tomás, bajo el título de *Flora de Filipinas según el sistema sexual de Linneo* y la dirección editorial de Cándido López, designado regente ese mismo año. Esta primera edición consta de 887 páginas en un tomo en cuarto menor, que comprenden la descripción de un total de 903 especies y variedades citadas con el nombre científico y 31, con el nombre vernáculo.

Debido al éxito de la publicación, pronto se hizo necesario llevar de nuevo la obra a la imprenta. La segunda edición, con el mismo título, pero corregida y aumentada, salió de las prensas manilenses de Miguel Sánchez en 1845 y comprende un total de 719 páginas, también en un tomo en cuarto menor, en las que se describen 1131 especies y variedades. No había dejado el botánico zaragozano de investigar en esos años y aparte de ampliar el catálogo, había detectado algunas imprecisiones en la primera edición que deseaba corregir. Como hemos adelantado, la muerte le sorprendió el 1 de abril de 1845, antes de ver impresa esta segunda edición; pero sus correligionarios más próximos, en especial su discípulo Antonio Llanos (1806-1881), concedores de su última voluntad, dieron término al proyecto incorporando un suplemento que recoge los apuntes que por el

empeoramiento de su estado de salud no pudo integrar personalmente en la versión definitiva.

Aunque injustamente, porque los recursos estaban lejos de ser asimilables, desde algunos círculos intelectuales trató de demeritarse esta segunda edición, comparándola con otros tratados botánicos publicados en Europa en aquellos mismos años.

Se le achacaba que no todas las descripciones eran completas, o que no era fácil averiguar quién era el autor de los nombres de las especies, o que las referencias a la situación geográfica de las plantas no siempre eran correctas, pues especies endémicas aparecían mencionadas como procedentes de Asia y América tropical y en cambio otras especies, introducidas en realidad desde América tropical, estaban descritas como si fueran originarias de Filipinas (Blanco Fernández de Caleyá 2024, RAH/DBE).

La tercera edición, mucho más completa, conocida como la ‘edición monumental’ por su gran formato, cuidada encuadernación y valor artístico, se imprimió en Manila en una tirada de mil ejemplares entre 1877 y 1883, con diversos aditamentos y también a expensas de la Provincia de Agustinos Calzados. Esta tercera edición, bilingüe español-latín, corrió bajo la dirección científica de Andrés Naves (1839-1910) y Celestino Fernández Villar (1838-1907) y se publicó con el descriptivo título de *Flora de Filipinas por el P. Fr. Manuel Blanco, agustino calzado, adicionada con el manuscrito inédito del P. Ignacio Mercado, las obras del P. Fr. Antonio Llanos y de un apéndice con todas las nuevas investigaciones botánicas referentes al archipiélago filipino*. La publicación se dilató tanto tiempo porque los avances fueron viendo la luz periódicamente, durante seis años, en forma de fascículo⁵.

Esta magna empresa editorial consta de seis volúmenes, los dos últimos, atlas. En los cuatro primeros, se reproduce íntegramente la segunda edición de la *Flora*, con la versión latina de todos los géneros, especies y variedades y las aplicaciones de interés general y un estudio biográfico del autor. Se compila en español y latín el recién encontrado manuscrito de Ignacio Mercado (1648-1698)⁶, acompañado, como en el caso de Blanco, de su biografía y de "un examen terapéutico de las plantas descritas" (1877, IX) y la producción botánica de Antonio Llanos, seguida

⁵ Se conservan ejemplares, entre otras instituciones, en las bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), la Biblioteca Nacional de España, el Real Jardín Botánico de Madrid, el Monasterio de la Vid (Burgos) o el Real Centro Universitario María Cristina de El Escorial (RCUMCE) —centro privado de educación superior adscrito a la Universidad Complutense de Madrid—.

⁶ En opinión de Sierra de la Calle, la incorporación de la obra de Mercado al proyecto editorial de la *Flora de Filipinas* le dio difusión entre los especialistas, además de facilitar su preservación, pero su estatus de complemento de las investigaciones de Blanco también ensombreció su valor (2016, 332).

de las correcciones técnicas que requerían los textos anteriores de acuerdo con el método natural de las familias y las plantas descritas por otros autores en manuscritos o impresos, no incluidas en los trabajos anteriores. Y se introduce, finalmente, un índice general alfabético que incluye los nombres genéricos y específicos, sinonimias, nombres vulgares y "todas aquellas cosas, que en cuanto se refiere a la botánica aplicada, puedan ser de algún interés" (1877, IX). Los dos últimos volúmenes, de carácter gráfico, comprenden un catálogo de 477 láminas con ilustraciones botánicas en color muy apreciadas por su gran valor pedagógico y artístico, impresas en Barcelona en la litografía Verdaguer.

La portada de esta edición fue diseñada por el pintor murciano Agustín Sáez y Granadell (ca. 1829-1891), director de la Academia de Dibujo y Pintura de Manila, que firma también algunos grabados y pinturas de los atlas junto a otros reputados autores filipinos y españoles:

Los diseños en que se basaron los litógrafos fueron ejecutados por un gran número de artistas filipinos de primera línea, incluyendo a Lorenzo Guerrero, maestro de Juan Luna. [...] Fueron cinco los artistas españoles que participaron en la *Flora de Filipinas*: el ya citado Agustín Sáez, fray Mariano Fábregas, fray Miguel López, Ramón Santa Coloma y Emma Vidal⁷. A esos habría que añadir a los grabadores Maura y José María Galván (Sierra de la Calle 2012, 153).

El valor científico y artístico de la edición no pasó desapercibido ya en la época en Europa, como prueban los Diplomas de Honor que recibió en la Exposición Internacional Colonial de Ámsterdam (1883) y en la Exposición General de las Islas Filipinas, celebrada en Madrid en 1887⁸. Para favorecer la divulgación de esta tercera edición, la versión de lujo se acompañó de una tirada de quinientos ejemplares más económica, con litografías en blanco y negro, impresa íntegramente en las prensas manilenses de Plana y C.^a

La tercera edición acabará siendo en buena medida una obra colectiva que se erige sobre la edición anterior, adicionada con el legado botánico del mestizo español-filipino Ignacio Mercado, los avances alcanzados por el padre Antonio Llanos⁹ y las aportaciones de Andrés Naves, Celestino Fernández Villar y Guillermo Masnou (1855-1877). Unas décadas después, el botánico estadounidense Elmer D. Merrill (1876-1956), especialista en flora oriental, lleva a cabo una nueva

⁷ "probablemente hermana o hija de don Domingo Vidal y Soler, editor de la *Flora*" (Sierra de la Calle 2012, 154).

⁸ En Riveiro Lema (2024) puede consultarse el catálogo de muestras lingüísticas hispanofilipinas exhibidas en esta exposición.

⁹ La obra de Llanos, incluida posteriormente en esta edición monumental de la *Flora*, se publicó en 1851 en la imprenta manilense de Santo Tomás bajo el título *Fragmentos de algunas plantas de Filipinas no incluidas en la Flora de las Islas, ni en la 1.ª ni en la 2.ª edición*. Dice Retana en su *Archivo del bibliófilo filipino* que se trataba de un "estudio muy elogiado por los naturalistas" y que ya en aquellos años escaseaban los ejemplares (1895, 68).

revisión del tratado, acompañada de estudio crítico, que da como resultado las impresiones de 1905, 1918 y 1922-1926; trabajo que a su vez es sometido a revisión por Domingo A. Madulid y Romualdo del Rosario con motivo de la traducción al inglés de la obra en 1993.

3. Las fuentes de la primera edición de la *Flora de Filipinas*

Aunque la *Flora* acabó convirtiéndose en el principal referente científico de la botánica filipina del periodo colonial hispánico, su autor reconoce en el prólogo que se había iniciado en el estudio de la biodiversidad insular movido por la simple curiosidad, sin ningún afán profesionalizante.

Nunca fue mi pensamiento formar un tratado de plantas, digno de la luz pública. Una simple curiosidad me había hecho ir escribiendo lo que me parecía interesante, pero algunos sujetos que tuvieron noticia de mi trabajo me instaron mucho a que lo publicase, como en efecto lo hago, después de haber corregido muchas faltas causadas por la prisa y descuido con se había escrito y aumentado según me han permitido mis circunstancias (1837, III).

A medida que los apuntes van tomando cuerpo y alentado por estos estímulos, Manuel Blanco empieza a confiar en que sus avances pueden ser de alguna utilidad a curiosos e investigadores interesados en la flora de Filipinas, pero nunca llega a visualizar su importancia para el despegue de la ciencia botánica.

Naturalista autodidacta —"yo no he tenido maestros, ni herbarios, ni aun casi libros, cuando por afición empecé a entender esta materia" (1837, III)—, desplazado a un entorno intelectual muy poco estimulante, incluso su principal referencia metodológica, la taxonomía vegetal de Linneo (1707-1778), vino impuesta por las restricciones contextuales¹⁰. Solo pasados los años consiguió hacerse con una pequeña biblioteca sobre ciencias naturales en la que fueron especialmente frecuentados el *Genera Plantarum* (1789) del médico y botánico francés Antoine-Laurent de Jussieu (1748-1836) y algunos de los primeros trabajos del científico suizo Augustin Pyrame de Candolle (1778-1841), autores de aceptación generalizada en la época. Tan costosos fueron los comienzos que el padre Blanco estaba convencido de que el escaso desarrollo de la disciplina se debía, más que a la falta

¹⁰ Este científico sueco, nacido en Rashult-Smaland, hijo de un clérigo luterano del que heredó una pasión por las plantas que le acompañaría toda la vida, publicó en 1735 una taxonomía de los reinos animal, vegetal y mineral llamada a revolucionar la ciencia botánica —*Sistema naturae*—. Cada uno de los reinos se presenta dividido en subcategorías ('taxones') de acuerdo con la siguiente jerarquía: orden, clase, género y especie. En *Species plantarum*, publicada en 1753, el mismo Linneo aplica su *Sistema naturae* a la clasificación de 7300 especies. Aunque con el avance en las investigaciones botánicas se han ido introduciendo algunos cambios taxonómicos, especialmente tras el despegue de los estudios del ADN, parte de esta nomenclatura sigue todavía vigente.

de interés, a factores de índole material, fácilmente subsanables en otras coordenadas: sobre todo, "a la escasez de libros tocantes a esta materia, a lo grosero y caro del papel de imprenta, y a la incorregible torpeza de los amanuenses" (1837, IV).

Las limitaciones en el acceso a las fuentes fueron un mal endémico en la Filipinas colonial, sobre todo hasta que no se produce durante el siglo XIX la transición del taller de imprenta a la industria editorial (Riveiro Lema 2023) y lastraron inevitablemente el desarrollo de la ciencia en la colonia. El monopolio de la Iglesia sobre los medios de producción condujo a la monogamia intelectual, aunque cierto es que esta tendencia también se debió a las circunstancias históricas: hasta el siglo XIX la mayoría de las investigaciones fueron de autoría religiosa, e incluso en este siglo en algunos ámbitos, como el lingüístico, se siguió manteniendo esta prevalencia. El trasvase de materiales bibliográficos, por las razones aludidas, era práctica habitual entre las órdenes religiosas, lo que favoreció la creación de redes misiológicas de conocimiento que fueron vertebrando la tradición escrita local, aunque de autoría pre eminentemente foránea.

Manuel Blanco, como era habitual entre la intelectualidad misionera, conocía los avances alcanzados por sus predecesores en el campo de la botánica filipina y cita ya en los paratextos, entre sus principales fuentes locales, la obra de los padres jesuitas Claín (1652-1717) y Juan Delgado (1697-1755), del mestizo agustino Ignacio Mercado y del dominico Fernando de Santa María.

Del padre Juan Delgado apunta que "escribió una obra inmensa que no se ha dado a luz, del gobierno y riquezas naturales de las Islas" (1837, V). Aunque no es un tratado de botánica específicamente, entendemos que se trata de la *Historia general sacro-profana, política y natural de las islas de Poniente llamadas Filipinas*, que no se publicó hasta 1892, por lo que Blanco solo pudo tener acceso a una versión manuscrita. Juan Delgado había iniciado la obra ya de camino a Filipinas, durante la estancia obligada en México, con un estudio de la flora autóctona y le dio término en Carigara (Bisayas Orientales) en 1754, aunque no pasará por la imprenta hasta 138 años más tarde.

La misma opacidad se cernía en aquellos momentos sobre el destino del tratado manuscrito del padre Ignacio Mercado, a pesar su buena acogida, como constata el autor de la *Flora*:

El padre Ignacio Mercado había explicado con grande aplauso las virtudes de muchas plantas de las islas, acompañándolo todo con hermosos diseños hechos de mano. Esta obra utilísima que formaba un tomo en cuarto, y se hallaba en la enfermería del Convento de San Agustín de Manila, ha desaparecido según ya lo había pronosticado el padre Agustín María, otro célebre escritor del mismo convento. Se conservan, no obstante, algunos fragmentos sueltos de la obra del padre Mercado, que hacen sentir la pérdida del resto (1837, V).

Más de dos décadas después de la publicación de la primera edición de la *Flora*, Colmeiro refiere que los trabajos de Juan Delgado e Ignacio Mercado todavía permanecían inéditos (1858, 204). Ciertamente, así era en el primer caso, pero el manuscrito de Mercado, titulado originariamente *Declaración de las virtudes de los árboles y plantas que están en este libro*, antes de ser incorporado a la tercera edición de la *Flora* bajo el título *Libro de las medicinas de esta tierra*, ya contaba con una primera impresión fechada en 1851. Pero no sorprende que, dada la proximidad temporal, Colmeiro todavía no tuviera noticia de su existencia. Blas Sierra, autor del único estudio conocido sobre el manuscrito, aunque considera a Mercado como "el primer filipino en estudiar el uso medicinal y terapéutico de las plantas en Filipinas" (2016, 348), infiere que pudo valerse de los trabajos de los franciscanos Blas de la Madre de Dios (ca. 1555-1626) — *Libro de medicinas caseras para consuelo de los religiosos y alivio de los enfermos* (1611)— y José de Valencia (†1669) —*Flora filipina*— y de la crónica del jesuita Francisco Colín (1592-1660).

El padre Claín, conocido también como Paulus Klein, ya había dado muestras de su pericia lingüística en sus traducciones al tagalo de obras piadosas cuando trató de sistematizar los conocimientos adquiridos sobre medicina práctica, que Blanco consideraba fácilmente adaptables a los intereses de la medicina peninsular sustituyendo los nombres vulgares filipinos por los correspondientes en español y otras leves adecuaciones (1837, V). Su tratado, *Remedios fáciles para diferentes enfermedades*, se publicó en el Colegio de Santo Tomás de Manila en 1712; como se indica en la portada, la obra estaba destinada al socorro sanitario de los misioneros:

Considerando el sumo desamparo en que viven VV. RR. en los pueblos de sus doctrinas y el desconsuelo en que se hallan en cualquier accidente o enfermedad que les acomete, sin tener a dónde volver los ojos para su remedio, ni quién les pueda aplicar las medicinas necesarias con acierto, ni más recurso que el de unos curanderos indios imperitos en la ciencia médica y que a veces por su ignorancia más pueden servir para aumentar la enfermedad que para curarla (1712, s. p.).

Al dominico Fernando de Santa María, "incansable en averiguar los secretos de los vegetales de la tierra", Manuel Blanco le atribuye "una obrita curiosa sobre este sujeto que es estimada generalmente" (1837, V). Lo más probable es que se trate del *Manual de medicinas caseras para consuelo de los pobres indios en las provincias y pueblos donde no hay médicos ni boticas*, publicado en Manila en 1768, cuando el predicador Fernando de Santa María desempeñaba el cargo de vicario de San Temo del Puerto de Cavite. En la misma portada de la obra, se apela a larga experiencia vital del autor en el archipiélago, treinta y ocho años residiendo en Filipinas, para acreditar su idoneidad, al tiempo que se informa de que para su realización se sirvió "de otros apuntes que le han comunicado varios

padres ministros celosos del bien de los indios". De modo que se autoriza el manual través de una doble vía: la experiencia autoral y el vínculo con la tradición. Advierte el padre Santa María en el prólogo, como lo haría el propio Blanco unas décadas después, que una de las principales dificultades que tuvo que afrontar en la elaboración de su recetario fue determinar el estándar léxico, debido a la diversidad lingüística de las islas y a la inconsistencia verbal del discurso de los nativos:

aunque he puesto todo cuidado y conato en averiguar los nombres propios y legítimos de las hierbas y palos medicinales, según el nombre más usado en cada provincia, no obstante en muchas de ellas acaso estaré errado, porque como es preciso valerse de los indios y estos son naturalmente tan confusos e inconsecuentes, pues suelen olvidarse de los nombres de sus hijos y mujeres, a que se junta que en cada provincia suele haber diez o doce lenguas distintas, no será mucho que varíen en los nombres de hierbas medicinales, de que ellos cuidan muy poco (1768, prólogo, s. p.).

La obra comprende en sus 346 páginas tres tratados y un glosario final titulado "Tabla y vocabulario en ocho lenguas de estas islas, de los palos, hierbas y otras drogas medicinales que se contienen en el Primer Tratado de este libro". Ese primer tratado está dedicado a la descripción de hierbas y palos medicinales; el segundo, al tratamiento médico de algunas dolencias y el tercero, de carácter misceláneo, recoge "varios secretos y curiosidades dignas de saberse" para adaptarse a la vida en la colonia, desde trucos de limpieza y cocina, hasta la exterminación de plagas o remedios contra la sequía.

También dejó Manuel Blanco constancia en el prólogo de la *Flora* de haber consultado los resultados de las investigaciones de Antonio Pineda Ramírez (1751-1792), marino y botánico guatemalteco y Luis Née (1734-1807), naturalista de nacionalidad franco-española, miembros de la célebre Expedición Malaspina. Las corbetas 'Descubierta' y 'Atrevida' partieron del puerto de Cádiz en 1789 en un viaje circular que llevaría a los dos científicos a vivir un periplo mundial de cinco años, en el que cursaron los mares de América, Asia y Oceanía y tuvieron la ocasión de estudiar sobre el terreno la flora de las regiones más ignotas del planeta.

Pero el catálogo de las fuentes consultadas, directa o indirectamente, por el padre Blanco no comprende únicamente estas referencias paratextuales, aunque su localización en la cabecera de la obra les otorgue un papel preferente en el desarrollo de la ciencia botánica filipina. Son muchas las obras que el agustino zaragozano va mencionando a lo largo de su tratado y de muy diversa tipología; sin ánimo de hacer una recopilación exhaustiva, se recogen a continuación algunas de estas referencias¹¹:

¹¹ Seguimos la edición de 1845 por resultar más fácilmente legible.

- El vocabulario pampango de Diego de Bergaño (1845, 34)¹²:

De este misionero palentino conocemos un *Arte de la lengua pampanga* fechado en 1729, reimpresso en 1736 y un *Vocabulario de la lengua pampanga* que vino a completar su proyecto lingüístico, impreso en el Convento de Nuestra Señora de los Angeles en 1732 y reimpresso en 1860 en Ramírez y Giraudier. Cotejando las fechas, Blanco solo pudo tener acceso a la primera impresión. Siguiendo la línea vertebradora de la tradición lingüística misionera, Bergaño dedica la obra a sus correligionarios y enfoca su actividad lexicográfica a la habilitación de la lengua objeto de estudio como canal para la difusión de la palabra divina.

- Algunos vocabularios tagalos (1845, 52, 82, 84, 176, 185, 469, 552 o 570):

En la página 469 se alude específicamente a la consulta de un vocabulario tagalo impreso en Manila en 1754, que debió ser el *Vocabulario de la lengua tagala* de Juan Noceda (1681-*ca.* 1747) y Pedro de Sanlúcar (1706-*post* 1755), publicado en la Imprenta de la Compañía de Jesús ese mismo año bajo la dirección de Nicolás de la Cruz Bagay. Tras la reimpresión vallisoletana de 1832, la obra pasó de nuevo por la imprenta en 1860, momento en el que fue sometida a actualización y se incorporaron algunas correcciones y adiciones necesarias para prolongar su vida útil. Considerada la muestra más valiosa de la lexicografía histórica del archipiélago malayo, en 2013, bajo el auspicio de la Academia de la Lengua Filipina, se editó nuevamente a partir de la versión de 1860. Este copioso volumen aúna traducción, estudio crítico y una muestra de textos folclóricos, compilados por los editores para ilustrar la importancia de la tarea lexicográfica en la huella cultural del pueblo tagalo. Aunque ya Noceda y Sanlúcar eran conscientes de que solo a través de la tradición escrita se podía fijar la memoria:

¹² La lingüística misionera filipina sigue ocupando un lugar menor, cuando menos desde el punto de vista cuantitativo, entre los estudios de historiografía lingüística. Al escaso interés por parte de la comunidad científica, se suma la dispersión de las fuentes documentales y con frecuencia, su deficiente estado de conservación (Riveiro Lema 2023). La recientemente publicada *Bibliografía de la lingüística misionera española (BILME)* (Esparza Torres & Niederehe 2023) ha venido a llenar un flagrante vacío editorial y a situar en el campo de visión de la comunidad investigadora, esperamos que también de sus futuros intereses, un rico patrimonio lingüístico apenas explorado. El estudio de estas fuentes ayudaría no solo a profundizar en el conocimiento de los primeros siglos de cultura letrada de muchas lenguas vernáculas filipinas, sino también de la misma tradición lingüística hispánica y de todas las áreas de conocimiento que se fueron desarrollando en el archipiélago durante el periodo colonial hispánico. Hemos de tener presente que el español nunca fue lengua de comunicación general en Filipinas y, por tanto, poco habría avanzado la investigación científica en estas coordenadas sin esa tarea previa de codificación de las lenguas vernáculas llevada a cabo por los misioneros peninsulares.

es pensión casi necesaria el que se dispongan de nuevos diccionarios en cada lengua, como vemos en la latina y otras, después de tanto curso y tiempo y mucho más debe ser en esta solo cultivada de sus naturales y de los ministros que la aprenden, con solo el fin de emplearla en el bien de estos desdichados indios; conque es preciso que con el tiempo y trato con ellos se vayan describiendo más términos, más voces y más frases, que fiadas o de memoria o de manuscritos se pierden, se olvidan y se confunden (1754, prólogo, s. p.).

- Diccionarios del bisaya y de otras lenguas del archipiélago (1845, 469):

‘Bisaya’ o ‘lenguas bisayas’ son glotónimos genéricos que aluden a un grupo de variedades lingüísticas habladas en regiones centrales y meridionales de Filipinas: cebuano, ɪlonggo, waray-waray, panayano, casayoran, cuyano, harayo, etc. De todas ellas, el cebuano es la variedad que cuenta con un mayor número de hablantes y la que, consecuentemente, recibió mayor atención por parte los misioneros lingüistas (Acevedo López 2023).

Aunque el tagalog y las lenguas bisayas disponen del corpus bibliográfico más extenso, fueron muchas las variedades codificadas por los misioneros españoles, si bien no se llegó a alcanzar nunca —como el padre Blanco refiere en su magnanimidad— toda la geografía lingüística filipina, por falta de recursos humanos y materiales y la imposibilidad de someter *de facto* todo el territorio al dominio español.

Increíble es lo que se ha escrito en estas islas sobre todo los asuntos, tanto en español, como en todos los idiomas del país, que son muchos y de muy difícil y extraña sintaxis para los europeos, y casi todo permanece inédito. De solo el idioma tagalog se hayan escritos hasta el presente cuarenta artes diferentes, muchos vocabularios abundantes y una gran multitud de libros piadosos. En las otras lenguas se ha trabajado también mucho: y dudo que haya una que no tenga su arte y vocabulario y algunos libros devotos (1837, IV).

- La *Farmacología quirúrgica* del Dr. Plenck (1845, 523, 546 o 570):

En 1805 se publica en la imprenta madrileña de Fermín Villalpando, a cargo de Antonio Levedan, la traducción del tratado farmacológico del botánico austríaco Joseph Jacob von Plenck (1738-1807), especializado en el tratamiento medicamentoso de diferentes procesos médico-quirúrgicos, publicado inicialmente en latín en Viena en 1782.

- La *Flora medicinal de las Antillas*, citada en multitud de ocasiones, aunque sin explicitar nunca el nombre del autor (1845, 17, 30, 38, 47, 180, 233, 248 o 327). Según constata González Escrig:

Los primeros estudios botánicos de la isla de Cuba durante el siglo XIX fueron realizados por J. A. Ossa, director del Jardín Botánico de La Habana. Este fue sustituido en 1823 por R. de la Sagra, quien editó la primera y única *Flora Descriptiva*, trabajo incluido en la *Historia Física*,

Política y Natural de la Isla de Cuba (1842-1861). A la luz de los datos disponibles, es cuanto se puede aportar por el momento sobre esta fuente bibliográfica (2005, 59).

- La *Flora* de Choumeton (1845, 228):

El farmacéutico y cirujano francés François Pierre Chaumeton (1775-1819), con la cooperación de Louis Marie Poiret (1755-1834), religioso, explorador y botánico y Jean-Baptiste Joseph Tyrbas de Chamberet (1779-1870), médico militar, publicó en París en ocho volúmenes (1814-1820), los dos últimos a título póstumo, la *Flora médicale*. La obra se presenta embellecida con unas esmeradas ilustraciones firmadas por la esposa del editor, la desconocida acuarelista Ernestine Pankoucke (1784-1860) y Pierre Jean François Turpin (1775-1840), considerado ya en la época uno de los grandes ilustradores botánicos.

- Las *Amenidades exóticas* de Kaempfer (1845, 153, 421 o 434), que Blanco cita a partir de la *Historia general de los viajes* de Antoine François Prévost d'Exiles (1697-1763), conocido como Abate Prévost:

Engelbert Kaempfer (1651-1716) fue un médico y naturalista de origen alemán, pero espíritu nómada; vivió, entre otros lugares, en Cracovia, Prusia, Suecia, Rusia, Persia, Arabia, India, Japón o Java. Después de un periplo mundial de diez años, regresa a Europa y se establece en su ciudad natal, Lemgo, donde publica en 1712 las *Amoenitatum exoticarum*. En el año de su muerte, la mayor parte de sus estudios continuaban inéditos. Muchos de estos manuscritos fueron comprados por el médico y coleccionista irlandés sir Hans Sloane (1660-1753) y legados al British Museum, donde todavía hoy pueden consultarse, aunque la mayoría ya han sido editados¹³.

- La *Agricultura* de Herrera (1845, 168, 472 o 523):

La *Obra de agricultura*, del humanista talaverano Gabriel Alonso de Herrera (ca. 1470-post 1539), publicada por primera vez en 1513 en Alcalá de Henares por Arnao Guillén de Brocar, se considera el primer tratado de agricultura en castellano. Esta obra singular en sus múltiples ediciones —veintiuna tan solo en España hasta la última del siglo XIX, fechada en 1858— se publicó hasta con cuatro títulos diferentes: *Obra de agricultura*, *Libro de agricultura*, *Agricultura general* y *Labranza española*. Dividida en seis libros, comprende estudios sobre: el análisis

¹³ La colección artística y científica de Hans Sloane permitió erigir esta institución en 1753 y desde entonces se le rindió tributo como socio fundador; aunque recientemente haya caído en desgracia por su pasado esclavista y su busto se haya visto desgajado del pedestal y recontextualizado, en un gesto con el que se ha pretendido visibilizar la voluntad de los comisarios de la galería de marcar distancias con las políticas coloniales del Imperio británico.

del terreno; el cultivo de la vid; el estudio de las especies arbóreas; la horticultura; la cría de algunos animales y la apicultura y los trabajos agrarios agendados en consonancia con las fases de la luna.

- *La Historia general de Filipinas* de Juan de la Concepción (1845, 420):

La historiografía misionera de los hermanos recoletos, a diferencia de lo que sucedió en otras órdenes, como la capuchina, inició el siglo XIX ya con una gran crónica de referencia. En esta obra monumental, publicada en Manila entre 1788 y 1792 en catorce volúmenes, los primeros en papel de arroz, Juan de la Concepción (1724-1786) da cuenta de los hechos más reseñables de la historia de la Provincia de San Nicolás de Tolentino y de las características físicas y etnográficas del archipiélago. La crónica debió prestar un gran servicio a las primeras bancadas de misioneros recoletos de este siglo en su etapa iniciática en aquella sociedad y naturaleza tan alejadas de la realidad peninsular. Los cinco primeros volúmenes tienen la factura del Seminario Conciliar y los siguientes se imprimieron en el Convento de Nuestra Señora de Loreto, en Sampaloc¹⁴.

- Antonio Alcedo en su obra sobre América (1845, 90, 449 o 564):

El militar, geógrafo, historiador y lexicógrafo ecuatoriano Antonio Alcedo y Bejarano (1735-1812), de formación humanística y especializado en la historia y geografía del continente americano, dio a la imprenta en Madrid, en cinco volúmenes, un *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* (1786-1789). Aparte de prolijas descripciones de la flora y la fauna americana, en sus 600 entradas ofrece una gran cantidad de datos sobre el entorno físico y las características etnográficas y etnológicas del territorio, hasta el punto de que Carlos IV (1748-1819) prohibió su divulgación fuera de España por considerar que en manos enemigas tal profusión informativa podría contravenir los intereses de la corona (Calvo-Rubio Jiménez 2024, BVFE).

- La obra de Tissot "traducida por mí al tagalog" (1845, 176):

Como él mismo Blanco ratifica entre sus aportaciones al desarrollo de la botánica y de la ciencia médica en Filipinas está la traducción del francés al tagalo del célebre *Avis au peuple sur sa santé ou Traité des maladies les plus fréquentes* (1763) del higienista de origen suizo Tissot (1728-1797). Esta traducción obedece a la voluntad del agustino de asesorar a los curanderos indígenas en la elaboración y uso de las medicinas valiéndose de los recursos naturales del país, movido por

¹⁴ Para una aproximación a la obra puede consultarse "Reconstruir la memoria. El archipiélago filipino y los agustinos recoletos", estudio de Félix Díaz publicado en 2011 en *Pecia Complutense*.

la conmiseración hacia los más vulnerables. Tissot había sido uno de los principales referentes en la medicina del siglo XVIII; después de cursar la especialidad en la facultad de Montpellier, trabajó como profesor de medicina en la Universidad Pavia y de Berna y llegó a ser médico personal de Rousseau y Voltaire. Pasó además a la historia como el ‘médico de los pobres’, reconocimiento otorgado en su villa natal por sus avances en medicina preventiva y su lucha contra las epidemias.

Aunque la obra ya había sido traducida al español en 1771 por el catedrático de Cirugía y Anatomía y especialista en botánica y agricultura Alexandro Ortiz y Márquez (1747-1797), el misionero agustino trabajó a partir de la versión original, valiéndose de esos conocimientos de la lengua gala que ya había empezado a cultivar con fruición durante su etapa en el Convento Agustino de Valladolid. Su traducción al tagalo, publicada bajo el título *Ang husai na paraan nang paggamot sa mañga mai-saquit ayon sa aral ni Tissot*, contó con cuatro ediciones —1823, 1831, 1884 y 1916—¹⁵.

Ramírez Martín incide en la necesidad de traducir el tratado médico de Tissot al tagalo debido a la precaria situación sanitaria del archipiélago; en especial, por la urgencia de trasladar los avances médicos europeos a la población, sobre todo con una finalidad preventiva, siguiendo la línea maestra de las investigaciones de médico suizo y también a los especialistas del campo, que requerían una actualización apremiante de sus conocimientos científicos: "Antes de 1880, los escasos médicos que había en Filipinas pertenecían al Ejército o a la Armada. Hasta principios del año 1881 no se convoca una plaza de médico en Manila" (2018, 89-90). Agravaba no poco la situación que los médicos tuvieran asignadas vastas extensiones de territorio y, aunque entre sus obligaciones estaba dar asistencia gratuita a los pobres de las cabeceras de provincia, con frecuencia los diagnósticos y los remedios llegaban tarde o no llegaban: "Solo se les llamaba cuando el enfermo estaba en la fase final de su enfermedad" (2018, 90).

El catálogo de referencias bibliográficas citadas en la *Flora de Filipinas* se completa con la mención de varios personajes ilustres del mundo de la ciencia y de la cultura que favorecieron el desarrollo de este proyecto botánico: sugiriendo o cediendo bibliografía, aportando mejoras al texto o enviando muestras para el herbario personal del autor.

- Íñigo Gonzalez y Azaola (1779-1850), político y especialista en agricultura ("quien me ha favorecido mucho con sus luces y algunos libros muy útiles para la formación de esta obra") y al que, como muestra de agradecimiento, le dedica Blanco uno de los géneros nuevos, el árbol *azaola betis* (1845, 281-282).

¹⁵ Contextualizadas y cotejadas por Ramírez Martín (2018).

- Francisco Soriano, al que le dedica otra especie nueva, la *torenia soriana*, por ser él quien le dio a conocer esta planta con propiedades curativas de la hidropesía (1845, 340-341).
- Pedro Fermín Bernal, presbítero aficionado a la botánica, por haber tenido el gesto de enviarle una nutrida colección de muestras para su herbario (1845, 370).
- Mariano Lagasca (1776-1839), al que dedica la *rafflesia lagascae*, en señal de admiración (1845, 523, 595).

Este célebre naturalista, tras la restauración del absolutismo, tiene que abandonar precipitadamente España y renunciar a su cargo de director del Real Jardín Botánico de Madrid. Aunque durante la huida pierde su herbario y sus apuntes sobre la flora española, el exilio londinense le va a permitir entrar en contacto con renombrados botánicos como Robert Brown, Lambert o John Lindley e incrementar así la proyección europea de su actividad científica. Tras un destierro de once años, regresa a España en 1834 y vuelve a ocupar la dirección del Jardín Botánico. Blanco debía tener ya en aquellas fechas muy avanzado el manuscrito de su primera edición de la *Flora*; a pesar del largo destierro de Lagasca y la consiguiente desaparición de la vida intelectual peninsular, estas referencias constatan que siguió teniéndolo presente.

4. Alcance de la *Flora de Filipinas* fuera del ámbito eclesiástico

Los resultados de las investigaciones botánicas del padre Blanco alentaron también el desarrollo de la ciencia botánica filipina entre científicos militares y civiles. Difícilmente se concebía en este contexto la posibilidad de realizar una investigación sobre plantas medicinales o la reclasificación de cualquier género vegetal sin consultar la *Flora de Filipinas*.

Máximo Laguna y Villanueva (1826-1902), ingeniero, naturalista y entomólogo español destinado al Cuerpo de Ingenieros de Montes del archipiélago, publica en 1875 en Madrid unos *Apuntes sobre un nuevo roble (Q. Jordane) de la flora de Filipinas*, en los que reconoce que ya el padre Blanco había descrito en las dos primeras ediciones de su *Flora* todas las especies conocidas hasta aquel momento del género *Quercus*. Antonio Llanos, aunque corrigió y adicionó algunas noticias de Blanco "no ha aumentado, por lo que ahora he podido consultar,

la lista de robles filipinos" (1875, 4); de modo que entre 1837 y 1875 no se había producido ningún avance en la catalogación de este género¹⁶.

Cinco años después, el también ingeniero de montes, Santiago Ugaldezubiaur (1844-1888) constata en su *Comisión de la flora y estadística forestal. Memoria descriptiva de la provincia de Manila* (1880) que Manuel Blanco ya se consideraba en aquellas fechas un botánico de referencia: "Maiz. Es después del arroz el cereal más importante en la provincia y en todo el archipiélago, aunque según dice el P. Blanco en su clásica obra, 'antiguamente tuvo un recibimiento equívoco entre los indios'" (1880, 33).

Sebastián Vidal y Soler (1842-1889) lo tilda de 'sabio' en su *Revisión de las plantas vasculares filipinas* (1886, 7). Este ingeniero de montes de la promoción de 1865 se estableció en el archipiélago en dos ocasiones: durante su mandato como jefe de la Inspección General de Montes y posteriormente, en calidad de jefe de la Comisión de Flora y Estadística Forestal, suprimida el 26 de febrero de 1886, año de publicación de la citada obra.

Vidal y Soler siguió trabajando en la recolección, clasificación y descripción de muestras vegetales tras la publicación del tratado, con la voluntad de darle una segunda parte; no obstante, su temprano fallecimiento le impidió ver cumplido su deseo. Contaba entonces el herbario de la Comisión con 2060 ejemplares nuevos, es decir, que no estaban incluidos en esta obra. De estos 2060, Vidal y Soler había conseguido clasificar y describir ya unos 1500 y estando tan avanzado el proyecto, tras su muerte, desde la Inspección General de Montes se le encomienda a R. A. Rolfe, director del Museo de Kew, con el que había tenido una estrecha relación profesional a lo largo de los años, la tarea clasificar y describir los 560 restantes.

Aunque ya Máximo Laguna y Villanueva, autor de la primera *Flora forestal de España* (1883-1890), se había comprometido a publicar esa segunda parte de la *Revisión de las plantas vasculares filipinas*, ante la previsión de que el proyecto se dilataría inevitablemente en el tiempo, desde la Inspección General de Montes se determina publicar un *Catálogo de las plantas del herbario recolectado por el personal de la suprimida Comisión Floral Forestal* en 1892, para dar a conocer a la comunidad científica cuanto antes esos 2060 ejemplares nuevos. También en

¹⁶ La actividad del Cuerpo de Ingenieros de Montes se hizo extensiva a las posesiones de Ultramar: Filipinas, Cuba y Puerto Rico. El traslado a alguno de estos territorios suponía un ascenso en el escalafón, aunque llevaba aparejado un compromiso de permanencia que en algún momento alcanzó los doce años. Al quedar bajo la jurisdicción del Ministerio de Ultramar, la actividad de estos ingenieros pasó a ser regulada por el Reglamento orgánico de las carreras civiles de la Administración Pública en Ultramar, aprobado por Real Decreto de 3 de junio de 1866 que, en el caso filipino, se completó con el Reglamento provisional para el servicio del ramo de Montes en Filipinas, aprobado por Decreto de 8 de febrero de 1873 y posteriormente, con el Reglamento definitivo para el servicio del ramo de Montes en el archipiélago filipino, aprobado por Real Decreto de 13 de noviembre de 1884. Bajo la administración de la Inspección General de Montes quedó también el Jardín Botánico de Manila (García Álvarez 2010).

este *Catálogo* las referencias a la obra del padre Blanco son continuas, dejando patente que su obra era ya una fuente primaria absolutamente reconocida en el panorama de los estudios botánicos filipinos en el último cuarto del siglo XIX.

El reconocimiento a la encomiable investigación de Manuel Blanco alcanzó igualmente el plano institucional y académico: en España, se le nombró correspondiente de la Real Academia de Ciencias Físicas, Exactas y Naturales de Madrid y sin necesidad de retrotraerse tanto en el tiempo, la revista *Blancoana* del Departamento de Botánica de la Universidad de Jaén es un homenaje más a sus logros. También en Europa el marbete *Blanco* pronto empezó a representar una figura de autoridad en la clasificación y descripción científica del mundo vegetal y así, como en señal de admiración, él había dedicado varias especies a otros botánicos, los prestigiosos naturalistas John Lindley (1799-1865) y Carl Ludwig Blume (1796-1862) le dieron su nombre a nuevos géneros y especies, adquiriendo así sus avances desde entonces, en sentido literal, carta de naturaleza¹⁷.

Todas ellas evidencias de que la obra botánica del padre Blanco trascendió ampliamente el área de influencia directa de la orden agustina, alcanzando la actividad de reputados botánicos europeos y científicos peninsulares, mayoritariamente ingenieros de montes, que habían tenido la ocasión de participar en expediciones científicas en Filipinas y conocer a pie de campo la riqueza y diversidad de su flora y la situación de los estudios botánicos. No quedaron, por tanto, los avances de Manuel Blanco, como sucedió con tantas investigaciones misioneras, restringidos a la comunidad eclesial o a los constreñidos círculos intelectuales del archipiélago, aunque no se haya investigado todavía debidamente su proyección.

5. Conclusiones

Una visión purista de los estudios lingüísticos nos incitaría a descartar como materia de estudio la *Flora de Filipinas* y tantos otros tratados científicos gestados en estas mismas coordenadas durante el periodo colonial español por no considerarlos afines a nuestro campo de conocimiento o a desmembrar estas muestras para quedarnos solo con las partes que encajan sin fricciones en el marco conceptual y metodológico que rige ordinariamente nuestra disciplina. Pero ¿no estaríamos entonces generando un conocimiento forzosamente desvinculado del contexto de producción?

Si algo hubiera que destacar de la trayectoria de Manuel Blanco, a la luz del estudio de su biobibliografía, sería sin duda su espíritu divulgador y la firme voluntad de que los avances científicos no se quedaran entre las paredes de los

¹⁷ Blume bautizó con el epónimo *Blancoa* a un género de la familia de las palmeáceas (*Palmae*) y Lindley dio el nombre de *Blancoa canescens* a un género de la familia de las hemoráceas (*Hemodoraceae*).

conventos o entre los legajos parroquiales y llegaran a donde más se necesitaban. Con este propósito, en 1823, durante su etapa al frente de la administración del pueblo de Bauán, "imprimió en idioma tagalo y repartió por los pueblos del tagalismo la obra de medicina del célebre Tissot, para que los médicos indios de los pueblos se aprovecharan de ella" (Villacorta 1833, 206-207). Movido por este mismo espíritu filantrópico y siempre con la perspectiva de mejorar las condiciones de vida de españoles e indígenas escribió la *Flora de Filipinas* y accedió a darla a la imprenta, venciendo su natural reticencia a adquirir notoriedad.

Aunque la modestia le llevase a declararse como principiante en los estudios botánicos, la *Flora* es fruto de una pasión sazónada por años de expediciones pedestres por la geografía filipina y también de años de paciente observación y experimentación en los herbarios agustinos (cuando se publicó la primera edición, rozaba ya los sesenta), para poder después volcar toda esa experiencia adquirida en contacto directo con el medio físico, con el limitado soporte bibliográfico al que tuvo acceso, de una forma tan sistemática como no se había hecho hasta ese momento en Filipinas.

Esa investigación itinerante que le llevó también a tratar con diferentes etnias con el objetivo de integrar los conocimientos de medicina indígena con los avances de la ciencia occidental y describir con la mayor precisión la exuberante naturaleza filipina y sus propiedades terapéuticas, llevó al tiempo a la botánica a rincones inhóspitos del archipiélago donde las plantas nunca se habían analizado desde el prisma de la ciencia, lo que permitió descubrir variedades nuevas con propiedades curativas que reforzaron la eficacia de la respuesta médica frente a muchas dolencias, en un contexto en el que la medicina no había abandonado todavía el estado embrionario. Hay pues que ensalzar también en el itinerario investigador del padre Blanco ese encomiable esfuerzo por depurar la información que iba recibiendo de los nativos de supercherías y falsas creencias, contando con las limitaciones del paradigma cultural europeo, para incorporarlas a una obra que aspira también a transcategorizar parte de los conocimientos de medicina natural filipina al estatus de ciencia.

Como se ha ido aclarando a lo largo de este trabajo, por las especificidades del contexto histórico, muy posiblemente la obra de Manuel Blanco y tantos otros tratados científicos no hubieran llegado a materializarse sin el trabajo previo de codificación de las lenguas indígenas filipinas llevado a cabo mayoritariamente por misioneros españoles durante más de tres siglos. De modo que las gramáticas y los diccionarios de las lenguas vernáculas abrieron también la puerta al desarrollo científico-técnico en otros ámbitos de conocimiento, haciendo aquella realidad física cognoscible y categorizable.

Por otra parte, obras como la *Flora de Filipinas* testimonian que el flujo de conocimiento fue bidireccional: el acceso a las lenguas indígenas permitió a los científicos europeos recopilar saberes ancestrales de las tribus cristianizadas y al

tiempo, que parte del conocimiento científico occidental penetrara a través de las traducciones a las lenguas locales en el tejido social indígena. Este hecho nos hace tomar conciencia de que la actividad bibliográfica misionera tuvo un alcance mucho más profundo en la sociedad filipina que la simple adhesión de los nativos al cristianismo y al aparato gubernamental de la colonia, aunque esta acción apenas se haya estudiado, debido en buena medida a la reticencia de la comunidad científica a trascender las categorías textuales habilitadas canónicamente en sus respectivos campos de conocimiento.

Referencias bibliográficas

Fuentes primarias

- Bennasar, Guillermo. 1892. *Diccionario tiruray-español*. Manila: Tipo-Litografía de Chofré y C.^a.
- Blanco, Manuel. 1837. *Flora de Filipinas según el sistema sexual de Linneo*. Manila: Imprenta del Colegio de Santo Tomás.
- Blanco, Manuel. 1845. *Flora de Filipinas según el sistema sexual de Linneo*. Manila: Miguel Sánchez.
- Blanco, Manuel *et al.* 1877-1883. *Flora de Filipinas por el P. Fr. Manuel Blanco, agustino calzado, adicionada con el manuscrito inédito del P. Ignacio Mercado, las obras del P. Fr. Antonio Llanos y de un apéndice con todas las nuevas investigaciones botánicas referentes al archipiélago filipino. Gran edición hecha a expensas de agustinos calzados de Filipinas bajo la dirección científica del P. Fr. Andrés Naves*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Plana y C.^a.
- Catálogo de la Exposición General de las Islas Filipinas celebrada en Madrid*. 1887. Madrid: Establecimiento Tipográfico Ricardo Fé.
- Cláín, Pablo. 1712. *Remedios fáciles para diferentes enfermedades*. Manila: Imprenta del Colegio y Universidad de Santo Tomás.
- Colmeiro, Miguel. 1858. *La botánica y los botánicos de la Península Hispano-Lusitana: estudios bibliográficos y biográficos*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- Delgado, Juan José. 1892. *Historia general sacro-profana, política y natural de las Islas de Poniente llamadas Filipinas*. Manila: Imprenta del Eco de Filipinas de Juan Alcaide.
- Inspección de Montes de Filipinas. 1892. *Catálogo de las plantas de herbario recolectado por el personal de la suprimida Comisión de la Flora Forestal*. Manila: Establecimiento Tipográfico del Colegio de Santo Tomás.
- Laguna Villanueva, Máximo. 1875. *Apuntes sobre un nuevo roble (Q. Jordane) de la flora de Filipinas*. Manila: Establecimiento Tipográfico Manuel y Minuesa.
- Llanos, Antonio. 1851. *Fragments de algunas plantas de Filipinas, no incluidas en la Flora de las Islas de la 1.^a ni 2.^a edición, dispuestas según el sistema linneano*. Manila: Establecimiento Tipográfico de Santo Tomás.
- Mercado, Ignacio. 1936. *Declaración de las virtudes de los árboles y plantas que están en este libro* [manuscrito del siglo XVII, copia del original del P. Ignacio Mercado, introducción y adiciones de J. Madrid Moreno]. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo.
- Noceda, Juan de & Sanlúcar, Pedro. 1754. *Vocabulario de la lengua tagala*. Manila: Imprenta de la Compañía de Jesús.

- Santa María, Fernando de. 1768. *Manual de medicinas caseras para consuelo de los pobres indios de las provincias y pueblos donde no hay médico, ni botica*. Manila: Imprenta del Colegio y Universidad de Santo Tomás.
- Ugaldezubiaur, Santiago. 1880. *Comisión de la flora y estadística forestal. Memoria descriptiva de la provincia de Manila*. Madrid: Imprenta de Ramón Moreno y Ricardo Rojas.
- Vidal y Soler, Sebastián. 1886. *Revisión de plantas vasculares filipinas*. Manila: Establecimiento Tipo-Litográfico de Manuel Pérez hijo.
- Villacorta, Francisco. 1833. *Administración espiritual de los padres Agustinos Calzados de la Provincia del dulce nombre de Jesús de las islas Filipinas*. Valladolid: Imprenta de H. Roldán.

Fuentes secundarias

- Acevedo López, Víctor Felipe. 2023. "Las lenguas de la lingüística misionera española: Filipinas y su Área Extremo Oriental". En: Esparza Torres, Miguel Ángel & Segovia Gordillo, Ana (eds.), *Nuevas aportaciones a la lingüística misionera española*: Berlín: Peter Lang, 315-338. DOI: [10.3726/b20225](https://doi.org/10.3726/b20225)
- Almario, Virgilio & Ebreo, Elvin & Yglopaz, Anna María (eds./trads.). 2013. *Juan de Noceda y Pedro Sanlúcar. Vocabulario de la lengua tagala*. Manila: Komisyon sa Wikang Filipino.
- Blanco Fernández de Caleyá, Paloma. 2024. "Manuel María Blanco Ramos". En: *Diccionario Biográfico Electrónico de la Real Academia de la Historia*. Disponible en <http://dbe.rah.es/> [Fecha de consulta: 07/02/2024].
- Calvo-Rubio Jiménez, Estrella (2024). "Alcedo, Antonio (1735-1812)". En: Alvar Ezquerra, Manuel & García Aranda, María Ángeles (coords.), *Biblioteca Virtual de la Filología Española (BVEFE): directorio bibliográfico de gramáticas, diccionarios, obras de ortografía, ortología, prosodia, métrica, diálogos e historia de la lengua*. Disponible en <https://www.bvfe.es/es/component/mtree/autor/9186-alcedo-antonio.html> [Fecha de consulta: 05/03/2024].
- Castillo García, Benito del. 2016. *Huella farmacéutica española en Filipinas* [Discurso leído en la solemne sesión inaugural del curso celebrada el 14 de enero de 2016]. Madrid: Instituto de España/Real Academia Nacional de Farmacia.
- Comte, Auguste. 2007 [1844]. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Díaz Moreno, Félix. 2011. "Reconstruir la memoria. El archipiélago filipino y los agustinos recolectos". En: *Pecia Complutense* 14, 23-38.
- Esparza Torres, Miguel Ángel & Niederehe, Hans Josef. 2023. *Bibliografía de la lingüística misionera española (BILME)*. Münster: Nodus Publikationen. DOI: [10.31819/9783968694368-002](https://doi.org/10.31819/9783968694368-002)
- García Álvarez, Antonio. 2010. *Historia del Cuerpo de Ingenieros de Montes (1853-1810)*. Madrid: Colegio y Asociación de Ingenieros de Montes.
- García-Medall, Joaquín. 2007. "La traducción codificada: las artes y Vocabularios hispano-filipinos (1610-1910)". En: *Hermēneus. Revista de Traducción e Interpretación* 9, 117-144.
- González Escrib, José Luis. 2005. "Estudios botánicos españoles durante el siglo XIX en la isla de Cuba". En: *ILUIL* 28, 59-86.
- Guerra, Francisco. 1992. "Las cátedras de medicina en las universidades españolas de América y Filipinas (1538-1898)". En: *Estudios de historia social y económica de América* 9, 253-260.
- Ramírez Martín, Susana María. 2018. "Ediciones de la traducción al tagalo de la obra de Samuel Tissot y el control de la medicina pública en Filipinas en el siglo XIX". En: *Humanities Dilemma* 15.1, 85-107.

- Regodón Vizcaino, Juan. 2004. *Contribución al estudio de la medicina en Filipinas en la segunda mitad del siglo XIX*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Retana y Gamboa, Wenceslao Emilio. 1895-1905. *Archivo del bibliófilo filipino*, 5 vols. Madrid: Librería de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- Reuelta Guerrero, Rufina. 2015. "Objetos de estudio para una historia de la traducción: textos generados en la práctica de la misión en China y Filipinas (siglos XVI-XIX)". En: Martino Alba, Pilar & Vega Cernuda, Miguel Ángel (coords.), *El escrito(r) misionero como tema de investigación humanística*. Madrid: OMPRESS, 49-61.
- Riveiro Lema, M.^a Dolores. 2023. "La impresión de gramáticas en Filipinas en el siglo XIX". En: Esparza Torres, Miguel Ángel & Segovia Gordillo, Ana (eds.), *Nuevas aportaciones a la lingüística misionera española*. Berlín: Peter Lang, 361-397. DOI: doi.org/10.3726/b20225
- Riveiro Lema, M.^a Dolores. 2024. "La Exposición General de las Islas Filipinas: muestras gramaticales y lexicográficas". En: *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica XXVII-1*, 99-118. DOI: [10.35869/hafh.v27i1.5565](https://doi.org/10.35869/hafh.v27i1.5565)
- Rizal Alonso, José. 2000 [1887]. *Noli me tangere* [Edición de Vicente Blasco Ibáñez]. Barcelona: Linkgua Narrativa.
- Robins, Robert Henry. 2000 [1967]. *Breve historia de la lingüística*. Madrid: Cátedra.
- Sierra de la Calle, Blas. 2012. "El arte español en Filipinas". En: *Revista de Historia Naval* [Cuaderno monográfico: XLV Jornadas de Historia Marítima. España en Filipinas. Ciclo de Conferencias (octubre 2012)] 66, 103-159.
- Sierra de la Calle, Blas. 2016. "El P. Ignacio Mercado (1648-1698) y las plantas medicinales filipinas". En: *Archivo Agustiniiano* 100.218, 331-492.

Título / Title

La convergencia de botánica, medicina natural y lingüística en la *Flora de Filipinas*: ediciones, fuentes y trascendencia

The convergence of botany, natural medicine and linguistics in the *Flora of the Philippines*: editions, sources and significance

Resumen / Abstract

Se propone en este artículo una aproximación historiográfica a la *Flora de Filipinas* del misionero agustino Manuel Blanco, tratado en el que convergen necesariamente botánica, medicina natural y lingüística por las especificidades del contexto histórico. El recorrido por los aspectos de mayor incidencia en estas coordenadas en la actividad científica y una aproximación a las diferentes ediciones de la *Flora*, sus fuentes bibliográficas y su proyección nos permitirán visualizar cómo Manuel Blanco hizo posible la eclosión de la ciencia botánica en Filipinas amalgamando, a lo largo de su dilatada trayectoria, la medicina tradicional indígena con los avances de la botánica europea, con el soporte imprescindible de la tradición lexicográfica misionera.

This article proposes a historiographic approach to the *Flora of the Philippines* of the Augustinian missionary Manuel Blanco, a treatise in which botany, natural medicine and linguistics necessarily converge due to the specificities of the historical context. A journey through the aspects of greatest incidence in these coordinates in the scientific activity and an approach to the different editions of the *Flora*, its bibliographic sources and its projection will allow us to visualize how Manuel Blanco made possible the emergence of botanical science in the Philippines, amalgamating, throughout his

long career, the traditional indigenous medicine with the advances of European botany, with the essential support of the missionary lexicographical tradition.

Palabras clave / Keywords

Flora de Filipinas, Manuel Blanco, historiografía, botánica filipina, lingüística misionera.

Flora of the Philippines, Manuel Blanco, historiography, Philippine botany, missionary linguistics.

Código UNESCO / UNESCO Nomenclature

550614, 550202, 241703, 570503

Información y dirección del autor / Author and address information

María Dolores Riveiro Lema

Departamento de Artes y Humanidades

Facultad de Artes y Humanidades

Universidad Rey Juan Carlos

Dirección C/ Camino del Molino, 5

28942 Fuenlabrada (Madrid)

Correo electrónico: dolores.riveiro.lema@urjc.es